



**BIBLIOTECA VIRTUAL  
MIGUEL DE CERVANTES**

**BIBLIOTECA AFRICANA**

[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

**José Fernando Siale Djangany**  
*Camino de Batanga*

#### Edición impresa

José Fernando Siale Djangany, «*Camino de Batanga*»

#### En

Landry-Wilfrid Miampika (2008) *La palabra y la memoria: Guinea Ecuatorial 25 años después (Ensayo, poesía, relatos, teatro)*. Madrid: Verbum. (pp. 108-118)

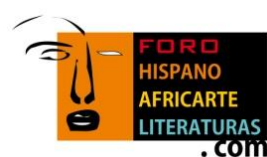
#### Edición digital

José Fernando Siale Djangany, «*Camino de Batanga*» (2011)  
Dulcinea Tomás Cámara (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
Noviembre de 2011



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D «Literaturas africanas en español. Mediación literaria y hospitalidad poética desde los 90» (FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



## ***Camino de Batanga***

### **José Fernando Siale Djagany**

Por cierto, no sé si tengo una historia que contar o sencillamente debo narrar aquella que pienso ser una; ya que al fin y al cabo, cuente lo que cuente, aún haciéndolo de manera imbatible, siempre habrá quien no me quiera bien para decirme que lo hice deficientemente; mas pase lo que pase, debo señalar que la vida de Idelfonso Wilson Peleté merece no obstante aclararse en algunos aspectos. Tras el umbral de las rosas, nadie supo de él, salvo que se hubo aventurado a enfrentarse al Gran Zuar. Desde entonces, a propósito de su vida se especuló sin cesar. Unos afirmaron que debido a sus apellidos fue involucrado en una redada xenófoba, y lo mataron por insistir sobre su origen isleño ante unos militares convencidos de la fuente foránea y desafortunada de dichos apellidos: ¿tú no sabes que hay nombres que suenan mal?, le habrían apostrofado con un cañón en la sien derecha. Los más sensibles comentaron que el consulado americano en Santa Isabel lo adoptó como apátrida cuando, tras la redada de la que se habló, encontraron su cuerpo a medio morir en el río Peces, y con un pez muerto metido en la boca. Hubo quien dijo que tras su encuentro con el Gran Zuar éste se lo comió en cinco o seis rebanadas, dejando testículos, pene y dedos para los perros del cuartel. Otros, que no fue así, sino sencillamente fracasó su intentona golpista y se refugió en el poblado de Topé Basariche, emigrando más tarde al Campo Yaundé.

A pesar de tanta glosa sobre su paradero, en realidad no se encontraba tan alejado de Santa Isabel cuando aprendió hace unos meses, y con profunda angustia, el fallecimiento de Baltasar Bulëtyé. Debido a la influencia de su memoria sobre su estado de ánimo, muchas veces hubo tenido el espíritu entristecido, pero no hasta muy, como le estaba ocurriendo ahora. Tomó de nuevo la carpeta en la que se amontonaban unos diez bloc de notas, y los revisó avivadamente. Era singular la manera en que repasaba, como si fagocitase las ideas contenidas en las palabras escritas. Salió del lugar en el que había vivido desde que tuvo aquel fatídico encuentro con el Gran Zuar, y tomó el sendero que va desde Campo Yaundé hacia el inicio de la avenida de José A. Primo de Rivera en su intersección con la calle de Asturias. Estaba a punto de cruzar esa calle cuando reconoció la silueta de Hans Egon Classen, el cabeza pensante del servicio secreto alemán en Santa Isabel; uno de los que habían prometido al Gran Zuar entregarle su cabeza en una bandeja de nipas. Misión en la que estaban también involucrados hombres del SOE, en particular un tal Richard Lippett, que vivía en Santa Isabel disfrazado de ingeniero civil, deambulando de obra en obra, contando ladrillos y pegando voces.

Idelfonso abandonó la idea de cruzar la calle, y, disimuladamente, bajó unos cuantos metros por ésta, atravesando el patio Blue-Ward. No más cruzar la vía de Aragón a la altura del número diez, tomó un atajo que surca todo el barrio Monkey-tell hasta desembocar en la travesía del terreno Oncle Orobiyi, un fernandino que llevaba toda la vida viviendo en el mismo sitio y haciendo lo mismo: camas de madera y pastelitos con harina de yuca. Marchó un rato por la avenida del General Mola, y giró por

una transversal que le llevó hasta los terrenos del Patronato de Indígenas, donde ocupas, vagos y maleantes rondaban buscando un trozo de bienestar. Se detuvo ante una bandeja de fritanga. Adquirió unos buñuelos azucarados y otros picantes por tres peniques. Siguió marchando mientras combinaba los sabores comiéndose tanto un buñuelo del paquete azucarado tanto otro del envoltorio picante. Girando a su izquierda entró por la calle de Linslager y tomó otra que lleva a las barracas de los Rilopá, ahí donde se hospedaban unos conocidos. Su condición de prófugo de la venganza política no era desconocida por los Villette, ni por sus amigos Tarus, q.p.d., y Maboke, que ocupaban las viviendas del barracón de la familia Rilopá. Pero éstos desconocían su secreto, nada intuían sobre su verdadera naturaleza, ni sabían de dónde venía.

Se quedó con ellos unas cuantas horas; el tiempo de compartir su dolor y tomar algún que otro licor. Un jovencito que siempre andaba por ahí, Papuchi, fue al horno de los Bolopá a por unos panecillos dulces. No hay joven santaisabelino que se respete y se atreva a confesar en público nunca haber probado de los panecillos del horno de los Bolopá. Eso no se dice. Se los comieron gustosamente tras hacerse unos bocadillos con sardinas enlatadas en aceite de oliva. Un litro y medio de *ginger-beer* les alivió la sed. Tarus se dispuso a preparar el country-tea en una marmita color carbón.

Maboke era un comisionista. De todos los de su edad, era el único que se pavoneaba de haber viajado en el ferrocarril Infanta Beatriz en su trayecto desde el puerto hasta las inmediaciones de Timbabé. Su trabajo le sometía a un itinerario bien apetecible para los intranquilos, pero demasiado pesado para un hombre como él, acostumbrado a la gordura, la siesta, y al ronquido de las hembras. Recién llegado de la zona fronteriza, trajo consigo una carta cerrada. Ildfonso Wilson Peleté se acababa de tomar el country-tea en una lata vacía de leche condensada, cuando Maboke le entregó la nota. «Es para ti», le había dicho sin darle demasiada importancia al tema, «me la entregó un crítico literario en el poblado de Gran-Batanga». Ildfonso se levantó con sus ademanes muy suyos, y tras unos pasos en el patio abrió la correspondencia. La misiva era de lo más sencillo que podía darse: un crítico literario del país batanga le invitaba a una entrevista a propósito de los elementos recurrentes en las novelas y cuentos populares de Santa Isabel. Al dorso de la carta venía indicado un poblado de pescadores, La Lobé, con un itinerario que desde el Río Campo al Norte del Río Muni, llevaba a través del territorio ndowe, pasaba por el poblado de Gran Batanga, y continuaba unos kilómetros hasta las cascadas de La Lobé. Una vez allí, sólo era cuestión de subir por la pequeña pendiente que lleva de los saltos hasta la casa del literato en un corto trayecto de ciento veinte metros. Redobló la misiva, y se sentó para un último sorbo de country-tea.

Abandonó la vivienda de sus amigos entrada la oscuridad, a la altura del vientre de la noche, ahí sobre las veinticuatro horas, como las bestias noctívas. Fue de acá para allá deambulando como las montañas de arena, el alma sobrecargada de magulladuras, la mente y la inteligencia en aceleración, con un repetido dolor que no manifestaba indicio alguno de fecha de caducidad. Sabía por la experiencia acumulada de sus antecesores, que ser testigo activo no era nada fácil; y sus primeros

días le resultaban todavía más pesados porque no acababa de acomodarse en la piel de un ser normal y corriente. Desde la boca-calle de Obispo Armengol Coll subió hasta el cruce con la calle Andalucía; y de ahí, desapareció de nuevo en su escondrijo. La invitación del hombre de Batanga era un desafío al que realmente no envidiaba acudir. No obstante, pensó en esos neocolonialistas puros y duros que se habían tomado sin el más remoto sentido del respeto, el derecho y el micrófono y la pluma, para decir sandeces más tanta pamplina sobre Mamá Lapoti y Wewèöpö. De aquella parte oscura de su alma, desde aquel lugar impenetrable y prohibido incluso para él mismo, surgió una lágrima de agradecimiento por tener la oportunidad de ir y defender su punto de vista.

En una revista local, el Eco de Fernando Poo, había leído hacía meses algo acerca del crítico literario del país batanga, así como de la repercusión que tuvo su larga y fructífera charla con el Boabí. El encuentro con el Boabí tuvo lugar en los altos de San Carlos, colina hacia arriba, tirando a la derecha después de la casa del abuelo «grampá» Naftalina, en un lugar llamado Cotton House. De eso hacía tiempo, y el crítico batangués no hubo mantenido hasta la fecha charla alguna con uno de «ellos». Sentía miedo. El viaje hasta La Lobé era arriesgado debido al trabajo que los servicios secretos estaban desplegando por toda la Isla. Eran años de guerra en Europa, y los refugiados cameruneses en Fernando Poo, al igual que los boys nigerianos, prestaban un eficaz auxilio de vigilancia para sus amos. Hadèsfaya, Brigadier Solstifer, Gran Zuar y otros tantos se la tenían jurada. Sentía la necesidad de hablar con alguien, de sentirse apoyado, porque en el fondo estaba convencido de la necesidad de hacer su declaración de fe ante el crítico batangués.

Cuando regresó a Campo Yaundé pensó de repente en el maestro Machá Mené, un espléndido conocedor de las artes del topé, el inconfundible vino de palma. Machá Mené había instruido a más de uno, y contaba entre sus discípulos a un señor que se sentaba en el umbral del Viyil desde donde redactaba crónicas ritmadas en el swing emocional del topé. Cuando Ildfonso Wilson Peleté, después de diez minutos de caminar por los atajos del suburbio, arribó y llamó a la puerta del personaje, Machá Mené lo miró fijamente desde el umbral de su chabola. Como si estuviera interrogándole. La hora era tardía, y «ellos» sabían que después del vientre de la noche los del servicio secreto operaban con más avidez. Le hizo entrar. Tras unos instantes de desafío visual, le invitó a sentarse en un cómodo sillón. Él tomó descanso en una butaca que se encontraba enfrente. «Te escucho —le dijo— ya que, supongo, una visita tan intempestiva implica una importancia capital». Y así, dialogaron ampliamente sobre las posibilidades que tenía Ildfonso de viajar hasta La Lobé. El anciano conocía los riesgos que implicaba la presencia de unos de «ellos» en la pura realidad, y no cesaba en advertirle sobre la prudencia de viajar siempre de noche. Momento que, si bien presentaba una ventaja para «ellos», era un lapso en que los del servicio secreto eran más vigilantes.

Ildfonso se quedó un rato guardando silencio, lo cual le produjo sopor, y se adormiló en el sillón. Serían las doce y media de la mañana de aquel sábado día tres de junio, cuando le despertó Machá Mené con empujoncitos en el hombro, «¡despierta, despierta!», le ordenó insistiendo con los codacitos. «¡Despierta! ¡Acaba de estrellarse un avión Short Sunderland!» Aquella frase acabó por

estimular a Ildelfonso, cuyos ojos encarnados denotaban poco descanso y mucha tensión. «En las inmediaciones de la finca de Mortiz, ahí por Sipopo —reiteró Machá Mené—, ha sobrevivido un solo hombre, y lo han trasladado a la finca de la Casa Mallo; toda Santa Isabel está agitada, todos van hacia el lugar del accidente aéreo». Estaba en lo cierto. Toda la plana mayor de la administración en Santa Isabel acudía al lugar de los hechos y luego al hospital general. El vicecónsul británico, el juez de instrucción, el gobernador, Hans Egon Classen, el Dr. Navarro... todos estaban ocupados en ir a ver cadáveres.

En ese preciso momento los dos hombres se miraron fijamente, algo acababa de sugerirles el barullo que reinaba en la ciudad. Y sin pensárselo más, tomaron rumbo hacia los Parques de África, una extensión de cuarenta hectáreas donde un denso bosque ocultaba las actividades contrabandistas de los ahúsas, que por no se sabe qué protocolo inusual, tenían como jefe espiritual a un ex arzobispo anglicano también contrabandista y fullero. Nadie en la capital isabelina les siguió el paso; la urbe era en ese momento y durante todo el día tres de junio un hervidero de gente preocupada y curiosa por saber qué le ocurrió al dichoso hidroavión, y qué hacían en Santa Isabel diez ingleses volando a baja altitud entre nubes cargadas, y sin permiso de sobrevuelo. Pero el insigne espía Charles Alexander Leonard Guise, sí pudo seguirles el paso. A él le importaba más su trabajo que el de los demás. Disfrazado de correo diplomático, él nunca descansaba en su ardua misión por encontrar y devolver a todos los «desprendidos» a su lugar de origen. Atravesó la zona del aeródromo de Santa María, y a pocos metros de ahí, se adentró en el bosque de ceibas y grandes matas. Negoció con los ahúsas su trayecto hasta la frontera del Río Muni. Serían las tres o cuatro de la tarde cuando el gran cayuco de madera, provisto de motores fuera borda zarpó desde un pequeño puerto natural cerca del poblado de Laka. Machá Mené le dio los últimos consejos, y le deseó suerte.

Entre vómitos, vértigo, mal de mar y adelgazamiento, llegaron al Norte del Río Muni, en el lugar donde éste conecta con el Camerún. Lo llaman Campo. Y de ahí se puede ir hasta el país batanga. En aquellas fechas de hostilidad en Europa, muchos hombres de color... blanco, alemanes, franceses, y de color... negro, cameruneses, gaboneses, senegaleses, transitaban sin cesar entre Camerún Río Muni, e incluso llegaban a Santa Isabel, escapándose de la situación bélica en las tierras del Norte. Otros venían para incorporarse al ejército de resistencia del General De Gaulle que se organizaba en Douala. Por lo que ver a un blanco de más, no engendraba sospechas mayores. Y Charles Alexander Leonard Guise, aprovechando aquella circunstancia, pudo desplazarse ligeramente y sin levantar sospechas por toda la zona que va de Campo hasta Gran Batanga. Aunque su exhaustivo informe sobre dónde se encontraba el poblado de La Lobé y el camino más seguro para llegar a la casa del crítico batangués, que era subiendo por la pequeña bahía formada por la desembocadura del río y la entrada de las aguas marinas, no sirvió de nada a Hadèsfaya Orugo Matàs y a su peña. La organización de la réplica militar de Francia contra los colaboracionistas de Vichy era muy contundente en Camerún, y no daba pie a que varios agentes de Santa Isabel fueran por Kribi tan tranquilos a matar a alguien o meterlo vivo en un saco de yute. Por lo que una vez recibido el informe

de Charles Alexander Leonard Guise, Hans Egon Classen compuso una ligera columna de diez hombres, entre los que constaban nigerianos, cameruneses y ahúsas. La Providencia quiso que una vez en el Norte del Camerún, estos señores se enterasen de la ofensiva africana contra el mal alemán, y que ello acontecía en Douala. Sin pensárselo dos veces tomaron rumbo a la ciudad camerunesa a alistarse bajo las órdenes de Leclerc: ¡Vamo a matá branco malo, malo, malo!, decían lanzando al aire sonoras carcajadas.

Desde Campo Ildfonso Wilson Peleté se subió a un destartalado vehículo que recorría el camino arenoso hasta Kribi, pasando por Gran Batanga. En el centro de este pueblo hay una especie de barrera de juguete que sirve también de mercadillo, de punto de encuentro y de estación de motocicletas. Un motorista se ofreció a llevarle, por poquísimo dinero, al poblado de La Lobé. La vía era polvorienta, sin pavimento ni aceras, y en su último tramo tomaba una ruta estrecha, bordeada por una exuberante vegetación. El motorista tomó un camino distinto del que venía señalado en la carta de invitación, pero que en suma llevaba, por la parte frontal, a la casa del crítico literario. La entrada de La Lobé transmitía una sensación de reposo y tranquilidad. Como si en aquel lugar a nadie se le ocurriría alza la voz. Justo al vencer la primera curva, ya en el pueblo, Ildfonso Wilson Peleté divisó la alta figura del crítico literario del país batanga. Llevaba unos pantalones vaqueros, camisa blanca enfundada, los botones abrochados hasta la altura del esternón, bien rasurado el mentón, y con las gafas en su sitio. ¿No te han pillado los de la secreta? Fue la pregunta de bienvenida que surgió de los labios sonrientes del crítico literario. ¡Gracias por venir Ildfonso! Sé lo arriesgado que es para uno de «vosotros» salir desde Santa Isabel y venir aquí. Pero me gustaría, antes de que entremos en el tema por el cual te he invitado hasta mi casa, presentarte a mi familia, dar una vuelta por el poblado, ver las cataratas, te gustará. ¡Encantado!, sonrió Ildfonso, a la vez que le entregaba al motorista el valor del servicio. Éste giró sobre ruedas, y salió en dirección al cruce con Kribi y Gran Batanga. Aquel día transcurrió principalmente entre comidas y reposo. Sobre las ocho de la mañana bajaron al mar a comprar de los pescadores. Daban las nueve y media cuando regresaron.

Una vez saciados con angulas, langostinos y pescado recién desenredado, el hombre del país batanga e Ildfonso Wilson Peleté se acomodaron en la terraza de la vivienda, a disfrutar de las vistas hacia la pequeña bahía que se formaba en la desembocadura del río que le da nombre al poblado. Un espontáneo, vestido de finquero, les trajo tres litros de topé granizado. Tras darle primero las gracias y luego arreglarle las cuentas, dieron buena cuenta de tal deleite, y se tomaron un rato para el reposo. Fue el crítico quien tras una hora de relajamiento, promovió el diálogo: si he entendido bien lo que he leído hasta ahora, la literatura santaisabelina rechaza drásticamente limitarse a una simple gimnasia intelectual de diversión, es decir, que no se basta con una dulce concatenación de hermosas palabras y misterios progresivamente desvelados. Bueno —tomó la palabra Ildfonso— es reiterativo el hecho de que la sensibilidad de un autor isabelino tenga que ir hacia aquello que se ha de ver, aquello que fuera preciso poner de relieve. Hábleme entonces de buebbéribos y arcángeles, ¿son realmente del mismo bando?, ¿y por qué ciertos lectores reconocen abiertamente que no lo entienden?, que esa

historia de monstruos y milagros no acaba de aclararles bien las cosas. Sepa usted, hombre del país batanga, que uno de los problemas mayores en Civilianjaïl fue la hipocresía, el disfraz; ¿escuchó usted alguna vez hablar de la revuelta de los disfraces<sup>1</sup>? Sí, y tengo un ejemplar. Pues en parte pude decirse, aunque no en todo, y me disculparé esta explicación fragmentada, que los arcángeles comprendieron que el conflicto en el cual estaban involucrados los buebbéribos tenía sus raíces en la intervención de Cabo Norte en Jubilea, Kauré e Isco de Corr. En suma —interrumpió el crítico— que todo ese batiburrillo tuvo como causa primigenia la deslocalización cultural y el olvido de la memoria. Pues, ¡sí!, me parece un aceptable resumen. Por eso se involucran al final, y por ese motivo histórico los arcángeles regresan al fin de Jubilea y juntos con los buebbéribos luchan mano a mano contra la opresión. Pero sobre todo —se expresó Ildfonso Wilson Peleté con una rara voz gutural no muy propia de él— porque había llegado el momento de quitarse el disfraz, o de ponerse la verdadera cara. Entonces, lo de la transformación de Hadèsfaya... Mire usted, y esto se lo digo con el corazón en la mano, Hadèsfaya Orugo fue toda su vida un ser vil. ¿Servil? —cuestionó sorprendido el crítico batangués—. No, digo ser, hablo de hombre vil, de protervo, de mala gente con muy mala leche. ¡Ha! Pero siempre fue disfrazado bajo el manto apacible de la piel humana. Así pues le era más fácil hacer daño porque todos le creían un hombre. ¡Exacto!, nadie se alejaba ante su acercamiento, inspiraba confianza, eso usted ya lo ha entendido, esa es la razón por la que se le arranca la piel, transformándolo en lo que realmente es, una abominación. ¡El Clóstrobo!

Un ligero silencio se estableció entre los dos, como si ambos estuvieran gozosamente escuchando el ruido producido por la caída de las cataratas sobre las turbias aguas del estuario.

Pero, hay una cosa que no acabo de entender. ¿De qué se trata, pues? Todos los críticos y literatos isabelinos están de acuerdo a la hora de señalar que el mal en aquellas latitudes es impercedero. ¡Sí!, así lo han dejado escrito, y ningún vándalo paga por sus pecados. Entonces, ¿por qué parece El Clóstrobo? Lo que ese monstruo quiso explicar con su muerte no es lo percedero del mal en sí sino la naturaleza finita de todo ser vivo. Si me lo permite ahora, me gustaría hacerle la pregunta más importante, la que condensaría toda la obra de mi vida. Pregunte, intentaré serle sincero. Bien, ¿cómo conseguís salir de los libros?

A esta pregunta, a la que en el fondo se esperaba Ildfonso Wilson Peleté, pero que en alguna parte no deseaba que le fuera hecha, siguió un largo silencio duran el que los dos se miraron fijamente. Al fondo sonaba el incesante ruido de las cataratas, y por encima de sus cabezas, el cantar de los pájaros. Fue Ildfonso quien rompió el silencio. La tradición exige que uno de nosotros esté siempre aquí, ahora es un poco diferente porque Machá Mené y yo hemos coincidido; el primero en hacerlo fue el Boabí, le resultó fácil establecerse porque en ese momento muy poca gente leía libros, casi nadie le conocía, por eso pudo instalarse fácilmente como comerciante en Cotton House. Pero cuando mataron a Ibarra De Verréis, cosa que ocurrió muy cerca de Cotton House según los cartógrafos, el Boabí se

---

<sup>1</sup> Referencia al libro homónimo del autor (*La revuelta de los disfraces*. Ávila: Editorial Malamba, 2004).



sintió en peligro y tuvo que regresar. Sí, y le sustituyó Roku el salvaje, más tarde vino Rosendo Nchuchuma Bolopo. Pero fue descubierto por mascar a menudo chicle de la marca Congo-Congo, y también lo asesinaron, John Muerte le sustituyó y corrió la misma suerte. Aun todo eso, todavía no me ha explicado cómo lo hacen.

Todo ocurrió en la tarde en que a Hermes Wilson Boricó le concedieron el título de propiedad sobre sus dieciocho hectáreas, treinta áreas, sesenta y cinco centiáreas. Iba por la finca de su pertenencia cuando le sorprendió una violenta tormenta, oscureciendo totalmente el bosque. De su mochila sacó una linterna con la que pudo llegar a la zona de las marismas. Buscó durante unos minutos, encontrando aquello que escudriñaba: salitre, restos bituminosos y una especie de animal acuático con dientes de anciano y piel de salamanquesa. Hizo una mezcla de todo eso, bien triturado, con aguas turbias de las marismas, y se la bebió. Entonces tuvo esa experiencia de proyección de la que tanto se habló en *Cenizas de Kalabó y Termes*<sup>2</sup>: se encontró simultáneamente en Laka, Misión Metodista, Santiago de Baney, Clarence y Santa Isabel. Esa experiencia de proyección en el tiempo y de ubicuidad fue el detonador. La información con la que regresó fue tan rica que desde entonces tomamos conciencia de la necesidad de salir de nuestros libros, ir hacia la vida, ser testigos de la realidad, y enriquecernos con ella.

Por eso, a los humanos no les agrada mucho, os persiguen, y cuando se os descubre... No son todos los humanos, no utilice el cuantificador universal, son muchos, es cierto, pero no todos quieren encasillarnos en la ficción, usted, por ejemplo, nunca persiguió a un personaje, ni ha formado parte de los que lo hacen, ni planea un genocidio literario. Le concedo ese testimonio de confianza, y de verdad, estoy muy agradecido porque haya venido hasta aquí, arriesgando su vida. ¿Sabe una cosa?, hombre de batanga, el agradecido soy yo, y espero que en los próximos días podamos hablar de mucha gente, de amigos que tienen cosas que decimos, de putas que atesoran todos nuestros pecados para salvarnos de las llamas de nuestra propia vida, de poetas que se queman el alma con las cenizas de sus madres, de cronistas que se sientan en el Viyil con lágrimas en los ojos, y también de hombres que pierden todo ápice de dignidad con las nativas. Entonces —dijo en voz baja el hombre de batanga—, estás aquí porque descubrieron y asesinaron a Baltasar Bulétyé. Es así, respondió con humildad y resignación. ¿Dónde dejáis la información que acopiáis durante vuestra estancia? Lo siento, eso no lo puedo revelar, sería peligroso para todos. Y toda esa información, ¿para qué servirá? Para la gran obra maestra, la obra en su totalidad, el libro que condensará todo lo que nosotros, de manera aislada hayamos podido reflejar. ¿Han pensado en un autor en concreto? Tal obra no pudo ser el resultado de una sola mente autora, será un trabajo colectivo, una obra maestra de todos.

Aquella noche antes de irse a acostar, hombre y personaje se sintieron bien, solidarios, pertenecientes a un frente común, algo, un evento que todavía no acababan de aquilatar, les había unido para siempre.

---

<sup>2</sup> Referencia al libro homónimo del autor (*Cenizas de Kalabó y Termes*. Ávila: Editorial Malamba, 2000).